

VII.

ABNEGACION.

No es solo el valor lo que hace la grandeza del soldado, es necesaria tambien la abnegacion en el sufrimiento.

El veterano que ha pasado por mil penalidades, que ha sabido llevarlas con resignacion, sin sentir rebajada su disciplina, que ha sufrido las fatigas con entereza, es el ideal del soldado, es el tipo de la perfeccion militar; y si en un soldado se exige esto, el oficial jamás deberá mostrar la pequeñez de su espíritu, haciéndose inferior á los sufrimientos; debe manifestar el temple de su alma sobreponiéndose á la desgracia.

De las tropas que saben dominar las fatigas y las penalidades, siempre se puede hacer uso; nunca se encuentran entorpecidas, y superan todas las dificultades. No así otras, para las que es motivo de desaliento y de desorden cualquier contratiempo. Sin vigor varonil en

el cuerpo y empequeñecida el alma, se rinden al sufrimiento como débiles mujeres causando positivo desprecio con su afeminada impotencia.

El soldado aguerrido, nutrido en las dificultades y avezado á los riesgos, es merecedor de todas las consideraciones; impasible en la fortuna ó la desgracia, inspira cariño é impone respeto con su serena y digna magestad.

Es preciso tener siempre presente que en todas las profesiones se sufre, pero que el sufrimiento llevado con abnegacion ennoblece, y en la carrera militar glorifica.

Quejarse cuando un mal no tiene remedio, solo sirve para desmoralizar á los compañeros y no para encontrar algun alivio.

La victoria no es una obligacion, y solo el que nunca se bate está exceptuado de sufrir la derrota; lo que sí es obligatorio, no desmayar despues de un desastre, conservar el mayor número de elementos, y reunirse al centro de accion para seguir los azares de la guerra. Abandonar las banderas en esas circunstancias, es accion de miserables y cobardes, es traicionar á la causa que se defiende, cuando más necesidad tiene de sus hombres.

Probado está que en la fatiga y el infortunio, es donde mejor se conoce la grandeza de espíritu de un soldado.

Los diez mil griegos mandados por el célebre Jenofonte y cuya famosa retirada se admira en el dia, habiendo tenido lugar hace dos mil doscientos ochenta años, fué debida á la abnegacion y disciplina de aquellos guerreros, que careciendo de todo en el extranjero, arrollando mil obstáculos, atravezando mar y tierra, y peleando sin descanso, cruzaron sobre varios países enemigos, desde las orillas del Tigris hasta el Ponto Euxino, perdiendo solo mil y tantos hombres en tan cruda y azarosa campaña. Si el espíritu de esos guerreros no hubiera estado templado en el fuego de la abnegacion, de seguro habrian todos perecido vilmente á manos de las numerosas huestes contrarias que los combatieron, y no se hubiera ilustrado la historia militar con tan brillante página.

Pero ningun ejemplo de abnegacion más digno de imitarse, que el que nos ha dejado la conducta del mariscal Ney en la retirada del grande ejército, de las heladas regiones de

Rusia á fines de 1812 y principios del siguiente año.

De la más levantada cúspide á donde la gloria eleva despues de quince años de victorias asombrosas, aquel ejército cayó con horroroso estruendo al más profundo abismo de las desgracias; y desorganizado, perseguido, se retiraba de Rusia dolorosamente, dejando un rastro de sangre sobre las sábanas de nieve que aquel crudo invierno extendió prematuramente sobre la tierra.

Faltaba el orden y la disciplina en aquellos soldados, y en aquel caos de contrariedades, la retirada era tortuosa, dominando una fatal lentitud en las marchas, por la confusion siempre creciente, la falta de medios de transporte, y porque á los hombres sin víveres, los rendía la debilidad y la fatiga; les entumecía los miembros el penetrante frio, y á veces congelándoles la sangre por completo, los dejaba sin vida, derrumbándose cadáveres entre el hielo. Donde habia fuego se arrojaban á veces aquellos desdichados hasta tostarse las carnes, con una especie de frenética locura. La brillante blancura de las nieves siempre reverando ante sus ojos enrojecidos por el sueño,

que sentian sin poder satisfacer, y la irritacion del vivac, les arrancaba lágrimas de sangre; y era un bien para tantos séres infelices ser alcanzados por las hordas de cosacos que los perseguian, pues hallaban menos cruel y más pronta muerte en la moharra de las afiladas lanzas de los salvages, que rodeaban las reliquias del ejército francés, como aves carnívoras á cadáver insepulto.

Y quien. ¿quién fué tan grande que dominando sobre la derrota y sobre ese cúmulo inmenso de desgracias, organizando pequeñas fracciones entre aquel espantoso desorden, sostenia contra bandas innumerables la retirada de tantos fugitivos? ¿quién entre la muerte y la angustia general alentaba vida y valor, y quien comunicaba con su ejemplo sobrehumano abnegacion y fuerza á los pocos que lo seguian? El incomparable mariscal Ney: aquél á quien la historia conserva el sobrenombre de valiente entre los valientes; aquél á quien se ha erigido monumentos de gratitud y de admiracion; aquél que en la desgracia se mostró tan sublime, tan impertérito, que en verdad, Napoleon, que es el asombro de la épo-

ca, se vé en esas circunstancias menos grande junto á él.

Cuarenta días y cuarenta noches, entre el hielo y el enemigo, zumbando el aire de la muerte sobre su cabeza, sobreponiéndose á las fatigas y á los sufrimientos; con cien soldados ahora y con diez mañana, llevando en la mano el fusil, Ney defendió paso á paso los restos desgarrados del ejército grande. A él dá la historia los honores de esa retirada donde como única estrella en tempestuoso cielo, brilla su inmortal abnegacion.

El general conde de Segur, testigo ocular de los acontecimientos, al tratar de los sucesos de Rusia, dice refiriéndose á este mariscal: "peleando siempre, retrocediendo tras todos los demás; pero no huyendo, sosteniendo "hasta el último momento la gloria de las armas francesas, y por la centésima vez des-"pues de cuarenta dias exponiendo su vida y "su libertad para salvar á un francés más, salió en fin de aquella fatal Rusia mostrando "al orbe la ineficacia de la fortuna contra los "grandes valores, y que para los héroes, todo, "sin exceptuar los mayores desastres, se convierte en gloria."

En esa retirada tristísima en que la postracion más grande dominó al ejército, en que todo fué ruina y desorden, solo los veteranos de la guardia vieja se mostraron á la altura de sus glorias militares, soportando con heroica abnegacion males sin cuento, y debido á esto sufrieron menos que las demás tropas desbandadas que no era posible atender, y llegaron sus reliquias á Francia, en formacion, con sus armas y saludando con su bandera inmaculada al sol querido de la Patria.

Yo los contemplo más grandes en la desgracia que en la victoria. Su sublime magestad me impone: desnudos y descalsos, fatigados y hambrientos, obedientes á la disciplina y dando frente al enemigo á la voz de mando con la conciencia del sacrificio de la vida; siendo casi los únicos entre el desorden y el terror general; resistiendo impávidos la tempestad de tantos desastres como una encina que sacude el huracan y hiere el rayo; marchando resignados y valientes, destacándose en ese sobrio cuadro de sangre y desolacion, me parecen génius fabulosos que ni el poder del cielo humilla. Y dominadores, empeñados en los di-

fáciles triunfos de Marengo, Austerlitz y tantos otros, solo los admiro como valientes.

¡Cuánto honra, cuanto ennoblece y glorifica, y cuán grandiosa magestad ostenta la abnegación heroica del soldado!

El sabio conde de Segur, padre del general que del mismo nombre he citado, expresa en una de sus máximas, *que la adversidad abate á los débiles, pero que siempre engrandece á los fuertes.*

VIII.

HONOR.

“La gloria y el honor de las armas es el primer deber que ha de tener siempre á la vista un soldado.” Palabras son estas del primer Capitan del siglo.

El honor es el principio de toda virtud y el cimiento de las cualidades militares; es la dignidad misma, pero abrazando todo lo sublime, llevada á un grado heroico.

Siendo, como otra vez he dicho, la profesion militar una carrera de honor, no puede concebirse al soldado sin honra, porque en un espíritu deshonorado que se arrastra en la degradacion, no puede existir el amor á la gloria que nace de muy elevados sentimientos; no puede existir la abnegacion que requiere un fondo de grandeza; no puede existir la verdadera disciplina y moralidad que exigen una conducta limpia; y en el antro oscuro de ese espíritu si pueden albergarse mil odiosas pa-

siones, mil bajezas asquerosas. El hombre sin honor es un reptil inmundo en cuyo seno puede abrigarse la cobardía, porque importándole poco su reputacion prefiere huir á sacrificarse; es susceptible de la inmoralidad, porque siéndole indiferente la estimacion de los demás le es mas grato satisfacer sus paciones infamantes, que portase con decencia; es susceptible de la insubordinacion y de toda falta, porque incapaz de comprender la nobleza de un deber, cuando su cumplimiento lo mortifica, se subleva contra él, buscando la comodidad; es capaz de la traicion, porque no comprendiendo el honor, busca la conveniencia y se vende aunque mancille su nombre eternamente. ¿Y qué delito más horrible puede cometer un soldado que el de la traicion?

Al tocar este punto el general Benavides en su obra titulada: "El Generalato" se expresa en los términos siguientes: ".....el "traidor vende su conciencia y su honra, su "cuerpo y su alma; el traidor reniega de su "propia madre y de sus bienhechores; no tiene amor, ni religion, ni patria, en una palabra, solo posee su degradacion sacrificándolo todo fria y ferozmente á su interes perso-

nal. Por esto es, que á pesar del trascurso "de los tiempos, las penas sufridas, los servicios pasados y el indulto, la mancha de la "traicion siempre permanece tan viva como "espantosa."

No, absolutamente no puede concebirse al soldado sin honor, es una mancha hedionda, es una llaga gangrenosa en el ejército.

Y el honor tan brillante, tan puro, debe guardarse siempre immaculado. Sacrificar la vida es mejor que dejar manchar la honra: el que no sienta así, que no abraza la carrera de las armas, que no emponzoñe con su aliento inmundo una profesion toda dignidad.

Sin honor no hay héroes, sin honor la historia no nos presentaría ese apoteosis fascinador de lo bello y lo glorioso que siempre será la admiracion del mundo, esa pléyade fantástica de guerreros que pueblan el inmenso y deslumbrante espacio de la gloria. Sin honor, Leónidas no se hubiera sacrificado por su patria, porque sin honor no puede existir el amor á la tierra en que se nace, y hubiera preferido con la deshonra el imperio de Grecia que Jergues le ofrecia por su traicion.

Una alma deshonrada, en su bajeza burla

los más sagrados sentimientos; ingrata é infame, cobarde y traidora, es un baldon para la humanidad.

El honor, es la religion del soldado, es el que lo engrande, es el que lo sublima.

Pero no se crea que el honor consiste en una susceptibilidad irascible que arrebatada á constantes y ridículas riñas en que una elevada dignidad se reciente. Al hombre de honor no juega nunca con él, y la mejor manera de manifestarlo, es evitar que se lo ultrajen, poniéndolo á cubierto de la mancilla con su moderacion y buena conducta; que respetando se hará respetable. Al que sin motivo justo, hace cuestion de honor una futilidad cualquiera y saca la espada contra otro como un bravo de oficio, se le podrá calificar de espadachin, pero nunca de hombre de honor, pues exponiéndose sin razon, dá ocasion para que lo ofendan.

El general ateniense Temístocles, no se deshonró cuando amenazado por el baston del general Euribiades, le dijo: "pega pero escucha," haciéndolo convenir al fin en que se desarrollara un plan de batalla que salvó á Grecia de la deshonra y de la esclavitud que los

persas querian imponerle, cuatrocientos ochenta años antes de la era cristiana. La moderacion de ese sabio general que tan bien comprendió que no estaba su honor en suscitar una cuestion personal con un compañero, en circunstancias en que podrian cubrirse de ignominia las armas de su patria por ello, es precisamente la prueba de su positiva grandeza que mucho lo enalteció despues del suceso.

Cuando la verdadera honra sea ultrajada, entónces si es indispensable borrar la mancha con decoro á trueque del más grande sacrificio; entónces que se defienda hasta el último trance de la vida.

No pasaré sin citar aquí un episodio gigantesco de la batalla de Waterloo, ante el que bien pueden repetirse las palabras de Francisco I: "Todo se perdió, ménos el honor." Al ponerse el sol y cuando ya se habia pronunciado la derrota en el ejército francés, un puñado de valientes soldados, entre los cadáveres de sus camaradas y envueltos en el humo de la pólvora, apenas se percibían á la luz siniestra del fuego de sus fusiles, defendiéndose bravamente de los numerosos vencedores. La metralla inglesa se cebaba en aquella masa vi-

viente, dejando un rastro de miembros palpitantes y ensangrentados. Se les intima rendición en situación tan angustiada; pero el general Cambronne, jefe de aquellos veteranos, herido por tal proposición que le indignó, contesta con fiereza: "Nunca: la guardia antigua muere, pero no se rinde;" siendo ésta la última protesta del acrisolado honor francés en aquella terrible jornada, que cambió la faz del mundo, acabando con la preponderancia del más grande guerrero de los tiempos modernos.

Cambronne en su protesta sublime demostró esa vez que la Francia pudo ser vencida pero no humillada, y la sangre de tantos valientes selló el honor de esa nación que casi había sido señora del universo, y á la que no abandonó entonces la grandeza ni en su caída, haciendo así respetable la memoria de su desgracia, como es admirada la época de su fortuna.

Otros dos hechos heroicos quiero citar aún, en que brilla con toda su noble é inquebrantable fiereza esa virtud á que me refiero.

Guzman el Bueno, que vivió del siglo XIII al XIV, siendo gobernador de Tarifa, al ser

atacado en aquella plaza, le fueron robados sus hijos por el enemigo, y se le dijo que si no rendía las armas, degollarían al menor de ellos frente á las fortalezas. El corazón del padre sin duda quedó petrificado de espanto y de dolor ante aquella amenaza tan cruel que desgarraba sus más tiernos sentimientos; pero pudo más en esa alma grandiosa la honra del soldado, y contestó diciendo, que ántes de cometer tal bajeza, que lo infamaba, prestaría su puñal para el sacrificio, arrojando el arma homicida por encima de la muralla á los verdugos, que inhumanos consumaron la obra.

¡Y Numancia! ¿qué podemos decir en elogio de esa heroica ciudad? Citar el hecho asombroso que la elevó al pedestal gigantesco de la gloria. Ciento treinta y tres años ántes de nuestra era, sufrió Numancia un largo sitio: desgarrada por diarios y sangrientos combates que sostuvo valerosamente; acosada por la sed devoradora y por el hambre, ya sin fuerzas para resistir, fué incendiada por sus defensores, que elevándose por su honor hasta el martirio, perecieron entre las llamas á la espantada vista del sitiador Escipión. No vendió él á la heroica ciudad, solo le tocó como á

la posteridad, contemplar sus ruinas con respeto, que eran la sagrada tumba de millares de héroes, ante la que enlutado se levantara el gigantesco génio de la fama imponiendo silencio y admiracion al universo.

Es preciso nutrirse en las ideas del honor, para que alimentada el alma con su sávia esté siempre dispuesta á hechos que ennoblecen.

El honor de las armas, el honor del estandarte á que se ha jurado fidelidad, siempre debe dejarse bien puesto aun en los casos más desgraciados de la guerra; que nunca el cieno de la deshonra empañe la enseña que confía la patria en manos del soldado: que él es el responsable ante la nacion de guardar el más valioso tesoro que posee, aquel que á tan alto grado eleva las reputaciones: *el honor*. Esa virtud grande y heróica inspira hechos tan sublimes que el espíritu humano se abisma en su contemplacion, como la mirada en el fondo infinito de los cielos.

El culto que se debe á esa palabra que yo evoco es indiscutible, y más aun cuando se trata de la noble y valiente clase militar.

IX.

DEBER.

La instruccion, la moralidad, la disciplina, el honor, el valor, la abnegacion, todo se refunde en una palabra sola, breve, sencilla, inflexible en el dominio que tiene sobre el espíritu: *deber*. Y siendo el deber militar el conjunto de mil obligaciones que llevan al soldado hasta el triunfo ó hasta el martirio, no sería posible tratar de él en un solo artículo, y por eso he derramado las ideas relativas en todas mis conversaciones.

Para el cumplimiento del deber es forzoso instruirse en las obligaciones que impone, es necesario no degradar el alma en la prostitucion, es fuerza nutrirse en la subordinacion que él demanda, es indispensable el valor para afrontar los peligros, es necesaria la honra, y más que todo, precisa templar el espíritu en el fuego de la abnegacion, con lo que se so-